

militar era más bien un reconocimiento, ya del río para el paso de sus buques, ya del espíritu de las poblaciones, y de cómo sería recibido el enemigo si intentaba proseguir la ocupación que había iniciado ú otra que en mayor escala intentara.

Desde ese momento, el General García comenzó á tomar sus medidas, aunque de una manera disimulada, para dar un ataque á Tlacotalpam, aprovechando la oportunidad de que, como solía suceder, se encontrara ausente la escuadrilla que lo custodiaba.

Se supo de una manera indudable que una parte de la infantería egipcia había contramarchado á Veracruz, reemplazándola una fuerza de caballería traidora que mandaba un tal Clemente Osorio, antiguo desertor del batallón de Veracruz, donde tenía el grado de sargento 2º; y tan instruido que apenas podía escribir su nombre, firmando *Elemente Ocorio*; y que algunos tlacotalpeños indignos habían hecho causa común con los invasores, quedando señalados con el desprecio de todos sus compatriotas. Un tal Perea, sobre todo, era el principal deturpador de los defensores del territorio nacional. Este majadero, siempre arrastrando un mohoso sable de caballería, se daba todos los aires de un matasiete, y se jactaba de su impudicia y falta de vergüenza públicamente, para comprobar así su entera adhesión á su *majestá*, como él decía.

XXV

Así las cosas, llegó el día 14 de Agosto.

Conforme á órdenes reservadas comunicadas á los jefes de la brigada, Estado Mayor, etc., etc., y al Coronel Gómez, que con la sección de su mando se había incorporado al Cuartel general, en esa misma noche debía celebrarse una Junta de Guerra para discutir el plan de ataque: al efecto, y á fin de que no llamara la atención de las gentes la reunión de aquellos oficiales superiores, las músicas de los cuerpos, situadas

en distintos puntos, deberían dar una serenata que comenzaría á las siete de la noche.

Pero cuando comenzaba á tocar la del batallón "Sierra Juárez," llegó un correo particular de Tlacotalpam, quien, dirigiéndose directamente al General García, puso en sus manos un cañón de pluma, dentro del cual estaba oculto un pequeño mensaje: leyólo el General, y llamó aparte al Capitán X..... y al Secretario de Gobierno, con quienes conferenció por breve espacio.

Y en tanto que las gentes estaban entretenidas con las músicas, y los soldados estaban en sus alojamientos, los ayudantes de Estado Mayor salían aisladamente de la población, siguiéndolos el Coronel Gómez con toda la caballería, y á lo último el mismo General con el personal de la Comandancia y de su Secretaría.

El aviso dado por el antiguo amigo Crespo decía, que en la mañana muy temprano se habían marchado las cañoneras llevándose el resto de los egipcios y á los traidores que habían hecho causa común con el enemigo; y que la caballería se preparaba en esos momentos á abandonar la población.

Tal fué la causa de la sigilosa salida del General García con la caballería: quería llegar, si era posible, á tiempo de impedir el paso del río á la caballería enemiga para hacerla prisionera, lo cual no era fácil, porque aun cuando tenía que marchar hasta el "Esterillo", y estaban los caminos demasiado malos para poder avanzar con rapidez, llevaba algunas horas de ventaja. Sin embargo, el General lo dispuso así, y se intentó la empresa.¹

Una vez fuera de la población, los ayudantes de Estado Mayor se incorporaron al General en Jefe, el Coronel Gómez con la caballería tomó la vanguardia, y una sección de exploradores avanzó un buen trecho para hacer la descubierta. Al

¹ En los primeros días de la ocupación el Jefe principal de esta fuerza hizo proposiciones para pasarse á nuestras filas, pero las exigencias que tuvo hicieron que no fueran admitidas.

llegar á los Amates, los ayudantes se escalonaron con la avanzada hasta llegar al "Puente García," y á la una de la mañana del 15 Tlacotalpam fué reocupado por los republicanos sin disparar un tiro.

XXVI

La lluvia continuaba cayendo poco fuerte pero espesa y fría, y el aspecto de la población era triste y lúgubre, no sólo por el silencio que en ella reinaba, sino porque á través de las hendeduras de puertas y ventanas se escapaban rayos de tenue luz, denunciando que las familias velaban, pero temerosas: suponían, infundadamente, que las tropas republicanas llegarían sedientas de venganza contra cuantos habían tomado participio, más ó menos directamente en la cosa pública durante la ocupación del enemigo.

No tenían razón.

El General García estaba bien al tanto de quiénes eran los verdaderos culpables; y aun cuando luego que amaneció por completo hizo reducir á prisión á varios individuos, luego fueron puestos en libertad, y la ley sólo cayó inexorable y fría sobre dos desgraciados convictos y confesos de traición á la patria, y los cuales fueron denunciados, aprehendidos y presentados á la primera autoridad por un oficial de la caballería de Tlacotalpam. Aun estos infelices habrían escapado á la dura suerte que les cupo, si su captura hubiera tenido lugar después de pasados los primeros momentos de excitación en que todos se encontraban: fatalmente no fué así, y el General se mostró inexorable. Era en los momentos en que rodeado de multitud de gente del pueblo visitaba los puntos fortificados por el enemigo, y oía el relato que se le hacía de los desmanes cometidos por el invasor, y todo esto influyó poderosamente en su terrible resolución.

A las diez de la mañana el aspecto de la ciudad había cambiado completamente: por doquiera se hacían manifestaciones de contento; y los buenos tlacotalpeños, distinguiéndose so-

bre todo las mujeres, sin distinción de clases ni gerarquías, engalanaban á porfía el frente de sus casas con banderas, cortinas y follaje, que daban el conjunto más vistoso y agradado.

A las tres de la tarde llegaron las infanterías al mando del Teniente Coronel García Terán, se pasó revista en la calle de la "Ribera," y lanzado á vuelo un repique general en todas las iglesias, el regocijo fué unánime. En la noche las músicas dieron serenata en el jardín de la Plaza de Armas, y la ciudad, iluminada profusamente, respiraba de nuevo el aire de la libertad.

Sólo dos familias lloraban en silencio la orfandad en que habían quedado, debido al castigo que se impuso á sus jefes, hombres del pueblo que cayeron bajo el rigor de la ley.¹

XXVII

Para terminar lo relativo á esta segunda campaña en el territorio costero, referiré en pocas palabras los principales acontecimientos que tuvieron lugar en Tlacotalpam y sus intermediaciones durante la permanencia de un mes y dos días de aquella sección del ejército de ocupación.

Y digo en pocas palabras, porque en efecto, para describir escenas de filibusterismo, bastaría esta sencilla frase: "los que fueron á ocupar la costa como enemigos de la República, se ocuparon más del bandidaje."

Y no de otra manera se puede calificar lo que todo un Jefe del ejército francés, del ejército de Napoleon III, que se proclamaba regenerador del pueblo mexicano, ejerció allí en el cortísimo tiempo que su superioridad por el río le permitió ultrajarlo impunemente, sin poder ser arrojado entonces

¹ Fusilados á las siete de la mañana, los cadáveres fueron colgados de dos árboles á la entrada del "Puente García," y allí permanecieron, con centinela para que nadie los bajara, hasta las seis de la tarde que se permitió á sus familias que los recogieran para velarlos y darles sepultura.

de la manera vergonzosa que lo fué más tarde de todo el país.

Si alguna duda podía abrigarse de que Maréchal pertenecía á la misma escuela de los Forey y de los Dupin, que en China deshonraron el uniforme que vestían, bastaría lo hecho en Tlacotalpam y sus alrededores para aplicarle el mote de *bandolero*.

Esta es la palabra: palabra que no ha perdido su valor á pesar de los muchos años que han transcurrido.

XXVIII

Maréchal, luego que "Conejo" fué incendiado, cuando sus tropas no encontraron allí nada que pudiera satisfacer sus instintos feroces y sanguinarios, ni su ambición de pillaje, retrocedió con una parte de sus gentes á Veracruz, prosiguiendo el resto para Tlacotalpam, al mando del Coronel Lacheaux, á fin de ocuparlo y de establecer allí su centro de operaciones.

El fracaso del "Puente García" le hizo comprender que la ocupación no era tan fácil como lo suponían él y los malos mexicanos que en Veracruz, en Alvarado y en el mismo Tlacotalpam, trataban de *chusmas harapientas* á los defensores de la Independencia Nacional, y de *canalla* que huiría á la sola presencia de un enemigo que siempre que peleó sin ventajas de gran consideración fué derrotado, como en Jaltipam y Cosoleacaque, en la Garrapata y en el Puente García. Maréchal en esta vez fué resuelto á hacer sentir su poder entre gentes indefensas y poblaciones ó rancherías inermes: lleno de odio contra el General en Jefe por la no aceptación de sus injuriosas proposiciones, y contra todos los que no querían someterse al naciente y estúpido Imperio, cuya cabeza principal se llamaba Napoleon III, en Francia, y Bazaine en México, porque el infeliz descendiente de los Hapsburgos era sólo el maniquí consciente de aquellos hombres que jugaban

la suerte de México al éxito de una empresa filibustera que podía poner en alarma á todo el Continente americano, cuando el coloso del Norte estaba dividido por una guerra civil que no le dejaba tiempo para ocuparse de los asuntos continentales.

Omitiré referir actos de salvajismo, como fué el mutilar algunos edificios públicos, entre otros la parte de madera del que servía de teatro, las lápidas conmemorativas del "Puente García," y los muebles del Palacio Municipal; de falta de cultura, convirtiendo en letrinas y mingitorios las casas donde se alojaron, y de incivilidad, persiguiendo á las familias de los que estaban en el campo republicano, ó bien forzando y saqueando las casas de éstos que estaban cerradas: pedir cultura, civilización y nobleza de sentimientos á aquellas hordas africanas, á aquellos presidiarios de allende los mares y á los infidentes, que constituían la guarnición de Tlacotalpam, sería pedir un imposible. Me ocuparé sólo del asunto culminante en que figura como protagonista el Jefe principal.

So pretexto de que en la casa particular del General García estaban depositados el archivo y otros objetos pertenecientes á la Comandancia de la línea, Maréchal, sin respetos ni consideraciones de ninguna clase, y acompañado de su esposa, allanó el hogar de la familia, obligando á la señora de García á buscar refugio en la vecindad, y ya solo, y con los soldados que lo acompañaban, y usando de la fractura y de la violencia, descerrajó roperos, destruyó muebles y cometió actos indignos no ya de un oficial superior, sino de cualquier hombre que se tuviera por medianamente honrado y caballero: su digna consorte secundó sus esfuerzos, y á la salida, al abandonar el hogar profanado, vergüenza causa decirlo, pero aún viven personas que pueden atestiguarlo, llevaban en sus manos el fruto de su robo. Muebles, vajilla, juguetes de tocador, alhajas, y por último, una magnífica y costosa *canastilla* propiedad de la señora del General García, era el botín de guerra que se apropió la de Maréchal, condu-

ciendo todo con la mayor desenvoltura y con el mayor cinismo en medio de una alegría innoble, y sin que el rubor de la vergüenza coloreara su rostro.

Increible parecerá esto, pero es lo cierto; y lo repito, todavía existen testigos de tanta infamia y de desvergüenza tanta; y aún hoy, después de tantos años como han transcurrido desde entonces, si alguno de los que en aquella época que se aliaron con el enemigo, lee estos renglones, el rubor debe cubrir su rostro y avergonzarse de haberse hecho cómplice de hombres que en tan poco tenían el honor de su propia nación.

Consumado el robo, el ratero se transformó en incendiario.

Al abrigo de los cañones de sus buques de guerra hizo una correría desde Tlacotalpam hasta la Boca de Acula; y pobres campesinos que huían ante su presencia, y ricos hacendados que honradamente se entregaban á las labores del campo, vieron desaparecer entre el humo y las llamas del incendio, en todo ó en parte, sus heredades, el pan de sus hijos, en medio de gritos feroces de venganza, entre innobles risotadas de aquella soldadesca salvaje, brutal y desenfrenada.

Al siguiente día de la ridícula petición de *viveres* en Cosamaloápam, regresó á Veracruz el hombre que, por sus hazañas en esta parte de la costa, fué premiado con el grado de General.....

XXIX

Restablecida la tranquilidad en toda la costa, puede decirse que desde entonces se acentuó más el sentimiento liberal en las poblaciones de aquel litoral. Fué seguramente la primera vez que se dispusieron y celebraron las fiestas cívicas del 15 y 16 de Septiembre, con un entusiasmo verdaderamente espontáneo, en el que la autoridad tomó participio, más que para anticiparse al deseo de los tlacotalpeños, para darles su apoyo moral, á fin de que las fiestas tuvieran mayor lucimiento aún.

Acababa de construirse el Zócalo de la Plaza de Armas, y en él se levantó un elegante templete, bastante espacioso para contener la numerosa comitiva que acompañó al General en Jefe para el acto solemne de leer el acta de Independencia, y proclamarla tremolando la bandera republicana, ante millares de espectadores. El Secretario de Gobierno llevó la palabra oficialmente, y su correcta, patriótica y bien sentida alocución al pueblo, fué objeto de nutridos y merecidos aplausos.

No había una sola nota discordante entre aquel concierto de felicitaciones, vivas y aplausos, pues aun el Cura párroco, que al principio de la campaña se permitía criticar los actos del Gobierno, desde el púlpito, pero cuya falta expió con un arresto de dos meses en el "Campamento de Conejo," se había declarado amigo, no muy leal por cierto, pero dominado por las circunstancias y por las lecciones de la experiencia en cabeza propia, el Cura Castro, repito, no era el menos en prodigar frases de amistad y benevolencia lo mismo para el General García que para sus oficiales y ayudantes.

Sólo á fines de Octubre ó principios de Noviembre se obscureció momentáneamente la atmósfera política.

El valiente y denodado General Cuellar, que defendía la entrada de la costa por el rumbo de Omealca, situado con sus bravos soldados en el puente del mismo nombre, fué derrotado completamente por un cuerpo de fuerzas enemigas, superior en número, en armamento y en elementos de todas clases: derrotado, no por la fuerza de las armas sin embargo, sino porque la fatalidad hizo que el parque que mandó pedir al Cuartel general de Tlacotalpam, y que le fué enviado inmediatamente, resultó de calibre mayor al que se necesitaba: llegado al campo de batalla en los momentos que se había consumido el que aquellos soldados tenían, fué recibido con gritos que anunciaban la victoria; y aquellos valientes que peleaban con ardor, al morder el cartucho para cargar su arma, rugían de ira al verse impotentes para hacer que la bala

penetrara en el cañón de su fusil. Las bayonetas desempeñaron entonces el principal papel, pero tuvieron que ceder al impulso del número de sus contrarios, quienes los arrollaron y los arrojaron del lugar tan heroicamente defendido, no sin dejar cubierto el campo con cadáveres del enemigo. El General Cuellar, que debió su salvación á la bondad y á la ligereza de su caballo,¹ llegó á Tlacotalpam con la amenaza en los labios y la ira en el corazón, para hacer recriminaciones duras é injustas al General García.²

Partió para Oaxaca á exponer su queja ante el General Díaz³ y desde entonces desapareció para siempre del territorio veracruzano.

XXX

Al terminar el año de 1864 todo parecía estar en calma en la costa. Las tropas que habían derrotado al General Cuellar retrocedieron á su campamento de Medellín, cesando todo motivo de alarma por esta parte de la línea; y en Veracruz y en Alvarado parecía que no se ocupaban ya de emprender una nueva invasión por dichos puntos.

El General en Jefe como justa recompensa á los servicios prestados por el Capitán X..... y el de igual empleo D. Eulalio Vela, los ascendió al grado inmediato superior, lo mismo que al Comandante de escuadrón D. Joaquín Jiménez,

1 Viéndose perdido, sin soldados y sin esperanza de auxilio, saltó con todo y caballo por sobre la barda del puente, teniendo la fortuna de salir sano y salvo de aquel salto que lo orilló á la muerte: permaneció oculto, y entre las sombras de la noche salió al camino de travesía que lo condujo á Tlacotalpam.

2 Serían las cuatro de la tarde cuando llegó á la Comandancia militar de la línea; y la conferencia entre él y García fué por demás borrascosa. Todos los que la presenciábamos esperábamos un desenlace desastroso y funesto, que evitó la prudencia del segundo.

3 El General Díaz, tanto en cartas particulares como de oficio, tenía hechas las más amplias recomendaciones para que se le atendiera en todo, por la importancia del punto que guardaba.

que fué ascendido en la misma fecha (1º de Diciembre de 1864) á Teniente Coronel de caballería.

Comenzaba á susurrarse por entonces una próxima campaña que se abriría por distintos rumbos de los que antes se habían emprendido y contra la capital del Estado de Oaxaca; así como que la queja del General Cuellar había impresionado vivamente al General Díaz, Jefe superior por entonces de toda la zona libre que comprendía los Estados de Veracruz, Puebla, Tlaxcala, Oaxaca, Tabasco y Chiapas.

Empero nadie sabía la realidad de los hechos que se trataban, y en estas circunstancias llegó el año de 1865, tan preñado de amenazas para el porvenir de la República, de su Independencia y de su libertad.